

¿Qué significa la guerra para Norteamérica?

León Trotsky

9 de marzo de 1917

(Versión al castellano desde “Qu’est la guerre pour l’Amérique?”, en *La guerre et la révolution*, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 254-256)

Los USA eran nominalmente una potencia neutral; de hecho llevaban adelante la guerra abiertamente junto a los Aliados (Inglaterra, Francia, Rusia e Italia). Todo el mundo lo sabe. Norteamérica les ha suministrado a los Aliados cantidades de material militar sin interrupción, y sus “simpatías” hacia los franceses y belgas eran casi más altas que sus beneficios. El capitalismo norteamericano habría estado dispuesto, evidentemente, a servir a los dos campos en guerra: a venderles a los alemanes obuses contra los franceses y a los franceses contra los alemanes. Ésta hubiese sido para el capitalismo una política de neutralidad de “ensueño”. Los cañones, las simpatías y los obuses se hubiesen repartido de forma igual entre los beligerantes. Pero Inglaterra instituyó el bloqueo. La ruta hacia los imperios centrales quedó cortada. Si Wilson hubiese querido entonces actuar como actúa ahora, habría debido romper, en nombre de la “libertad de los mares”, las relaciones diplomáticas con Inglaterra y, en general, con los Aliados. Pero en ese caso, la industria norteamericana se habría visto cortada de los dos campos en guerra. Los USA admitieron, pues, el bloqueo (ahí radica el “pacifismo” de Wilson), y el capitalismo norteamericano recibió la posibilidad de realizar beneficios fantásticos bajo el pabellón de la neutralidad. He ahí que a fines de enero, Alemania declaró el bloqueo total sobre todos sus enemigos. Si el bloqueo alemán hubiese sido lo bastante fuerte como para no cortar solamente a Norteamérica de los Aliados, sino también para permitir la circulación de las mercancías norteamericanas, los capitalistas norteamericanos se hubiesen plegado a ese estado de cosas, y habrían expedido hacia Berlín todas las municiones destinadas a Londres. Todas las “simpatías” habrían recaído sobre los alemanes que protegen a Europa de la barbarie rusa. Y Wilson continuaría llevando el pijama del “pacifista”. Pero no se trata de eso. El trabajo de los submarinos alemanes logró cortar las comunicaciones entre los USA y los Aliados pero no fue suficiente para abrir el mercado alemán a los capitalistas norteamericanos. El resultado de los bloqueos es cortar a Norteamérica de los dos campos. ¿Qué hacer entonces? ¿Adoptar una política estricta de neutralidad? ¿Suspender los envíos de municiones? ¡Esto significaría no solamente la pérdida de beneficios colosales sino, también, alguna cosa más! Durante la guerra, la industria norteamericana ha cambiado totalmente. En lugar de fabricar productos de consumo, el capitalismo norteamericano se ha reconvertido en la fabricación de instrumentos de destrucción. Fuerzas y medios incalculables (material bruto, máquinas, masas obreras) están consagrados a la industria de guerra. La suspensión de los transportes hacia Europa significaría una crisis no conocida jamás. Numerosas fábricas, empresas subcontratantes más numerosas aún, deberían parar el trabajo de inmediato. Los mercados se hundirían inmediatamente. En el mundo capitalista se producirían lloros y rechinar de dientes. Los signos precursores de esta crisis ya están aquí. Los navíos no zarpan. Los puertos están colmados. Las mercancías se acumulan en los tinglados. No se descargan los vagones. ¡Pero esto no es más que el florecimiento! ¡Los frutos todavía

deben madurar! La bolsa se ve sacudida por funestos presentimientos. El capitalismo financiero se agita nerviosamente. Los dirigentes de los trusts reclaman actos decisivos. Wilson se quita sus pantuflas de pacifista y calza sus botas de combate. Pero ¿a quién servirá la intervención armada de los USA? ¡No se pueden hundir los submarinos alemanes con artículos de prensa y jactancias patrióticas! Si la potente flota inglesa no logra garantizar la libertad de los mares, ¿qué harán los navíos de guerra norteamericanos todavía menos capaces de realizar milagros? Pues, caso de una intervención directa, la producción de guerra norteamericana continuaría cortada del mercado europeo como mínimo.

Esto es indiscutible. Pero para los mercaderes de cañones norteamericanos se abrirá pronto un nuevo mercado colosal: en la misma Norteamérica.

He ahí el quid de la cuestión. Alimentando la guerra europea, los USA han edificado la Torre de Babel de la producción de guerra. Esta torre se levanta por encima de la bolsa, de la Casa Blanca, del parlamento, de la conciencia de los periodistas. Si ya no es posible exportar los ingenios de muerte hacia Europa, no queda otra solución más que hacer pagar esto a la república norteamericana. Lo más rápidamente posible debe crear su propio militarismo. Hasta ahora, los mercaderes de municiones se han alimentado con sangre europea. Ahora se aprestan, instigados por sus homólogos europeos, a nutrirse con sangre de sus propios proletarios. ¿Qué carácter tomará la guerra por parte norteamericana? Esta cuestión particular no está todavía clara, incluso para los dirigentes de Washington. Pero la guerra les es indispensable. Necesitan el “peligro que amenaza a la nación” para cargar en los hombros del pueblo norteamericano el peso de la torre babilónica de la industria de guerra.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es